

## CAPITULO VII

## La mujer y el niño.

377. *La mujer perfecta.*—La mujer perfecta es un tipo más elevado de la humanidad que el hombre perfecto; es también algo más raro. La historia natural de los animales ofrece un medio para hacer esta proposición verosímil.

378. *Amistad y matrimonio.*—El mejor amigo tendrá probablemente también la mejor esposa, porque el buen matrimonio descansa en el talento de la amistad.

379. *Prolongación de la vida de los padres.*—Las resonancias no resueltas en las relaciones de carácter y de manera de ser del espíritu de los padres, continúan resonando en el ser del niño y producen su historia pasional interior.

380. *De la propia madre.*—Cada uno lleva en sí una imagen de la mujer sacada de la propia madre; por esto es que se halla determinado á respetar á las mujeres en general, ó á despreciarlas ó á ser totalmente indiferente respecto á ellas.

381. *Corregir la naturaleza.*—Si no se tiene un buen padre, debe hacérselo uno mismo.

382. *Padre é hijo.*—Mucho tienen que hacer los padres para compensar el hecho de tener hijos.

383. *Error de las mujeres distinguidas.*—Las mujeres distinguidas piensan que una cosa no existe cuando no es posible hablar de ella en el mundo.

384. *Enfermedad de los hombres.*—Contra la enfermedad de los hombres que consiste en rebajarse, el remedio más seguro es que sean amados por una mujer recta.

385. *Especie de celos.*—Las madres se encelan fácilmente de los amigos de sus hijos cuando aquéllos tienen sobre éstos una influencia marcada. Habitualmente lo que una madre ama en un hijo, es más á ella misma que al hijo.

386. *Sin razón razonable.*—En la madurez de la vida y de la inteligencia, siente el hombre que su padre ha cometido falta en engendrarlo.

387. *Bondad maternal.*—Muchas madres tienen necesidad de hijos felices y honrados; muchas de hijos desgraciados; de otra manera, la bondad materna no podría manifestarse.

388. *Lamentos diversos.*—Algunos hombres se han lamentado de que se les haya quitado su mujer; la mayor parte de que nadie quiera quitárselas.

389. *Matrimonios de amor.*—Las uniones que se hacen por amor (lo que se llama matrimonios de amor) tienen el error por padre y la necesidad por madre.

390. *Amistad de las mujeres.*—Las mujeres pueden muy bien trabar amistad con un hombre, pero para mantenerla es necesario que á ella concurra una pequeña antipatía física.

391. *Fastidio.*—Muchas personas, especialmente mujeres, no conocen el fastidio, porque jamás aprendieron á trabajar regularmente.

392. *Un elemento de amor.*—En toda especie de amor femenino se transparenta también algo del amor maternal.

393. *La unidad del lugar y el drama.*—Si los esposos no vivieran juntos, los buenos matrimonios serían más frecuentes.

394. *Resultados habituales del matrimonio.*—Todo trato frecuente que no eleva, rebaja, y viceversa. Por esto es que los hombres descienden algo ordinariamente cuando toman mujer, mientras que las mujeres se elevan algo también. Los hombres demasiado espirituales tienen tanta necesidad del matrimonio que se resisten á él como á una medicina repugnante.

395. *Enseñanza de gobernar.*—A los hijos de familia modestos, es tan necesario enseñarles el gobierno por medio de la educación como á otros niños la obediencia.

396. *El deseo de ser cariñosos.*—Los novios que la conveniencia ha unido, se esfuerzan frecuentemente por hacerse cariñosos, para evitar el reproche de frío cálculo interesado; del mismo modo que los que por interés se convierten al cristianismo, se esfuerzan por hacerse piadosos; pues así, la religión se les hace más fácil.

397. *No hay término para el amor.*—Un músico que ame el movimiento lento tocaría los mismos trozos siempre con más lentitud. Así es cómo en ningún amor existe la voz de ¡alto!

398. *Pudor.*—Con la belleza de las mujeres aumenta por lo general su pudor.

399. *Matrimonio en buenas condiciones.*—Un matrimonio en que cada uno quiere por medio del otro alcanzar un fin personal, es bien sólido, por ejemplo, cuando la mujer quiere tener por medio de su mari-

do reputación, y el marido el amor por su mujer.

400. *Naturaleza de Proteo.*—Las mujeres se hacen por el amor tales como se hallan en la idea de los hombres de quienes son amadas.

401. *Amar y poseer.*—Las mujeres aman la mayor parte de las veces á un hombre de valor, de manera tal que quisieran poseerlo solas. Le pondrían de muy buen grado en la soledad si su vanidad no las disuadiera de ello; ésta ambiciosa que también á otras parecezca hombre de valor.

402. *Prueba de una buena familia.*—La bondad de una familia se prueba en algo que alguna vez soporta una excepción.

403. *Medios de llevar á cualquier hombre á lo que se quiere.*—Por medio de las molestias, las inquietudes, la acumulación del trabajo y de los pensamientos, se puede de tal manera fatigar y debilitar á cualquier hombre que deje de oponerse á lo que tenga cualquiera suerte de complicación y lo ceda. Es lo que saben los diplomáticos y las mujeres.

404. *Honradez y honestidad.*—Las niñas que no quieren deber sino al atractivo de su juventud el medio de proveer á toda su existencia, y cuya destreza está manejada por madres listas, persiguen el mismo fin que las cortesanas, salvo que son todavía más malignas y deshonestas.

405. *Máscaras.*—Hay mujeres en las que, por más que se busque y se analice, no se encuentra nada interior: son simplemente máscaras. El hombre es de lamentar que se abandone á estos seres casi fantasmagóricos, incapaces necesariamente de satisfacer; pero son ellas justamente las que son capaces de despertar con más intensidad el deseo del hombre: éste busca en ellas un alma, y continúa siempre buscándola.

406. *El matrimonio considerado como una larga conversación.*—Se debe, en el momento de formar una familia, proponerse á sí mismo esta cuestión: ¿Crees que podrás entretenerte hasta la vejez con esta mujer? Todo lo demás del matrimonio es transitorio, pero la mayor parte de la vida común está dedicada á la conversación.

407. *Sueños de las doncellas.*—Las doncellas inexperimentadas se lisonjean con la idea de que son capaces de hacer la felicidad de un hombre; más tarde llegan á saber que esto equivale á despreciar á un hombre, admitiendo que no se necesita sino de una joven para hacer su felicidad. La vanidad de las mujeres exige que un hombre sea algo más que un marido dichoso.

408. *Desaparición de Fausto y Margarita.*—Según la sutil observación de un sabio, los hombres cultos de la Alemania actual parecen una mezcla de Mefistófeles y de Wagner, pero en modo alguno de Fausto: era Fausto á quien sus abuelos (á lo menos en la juventud) sentían agitarse dentro de sí. Hay, pues,—continuando la proposición—dos razones para que las Margaritas no les convengan. Y no siendo ya solicitadas, parece justo que desaparezcan.

409. *Las niñas en el liceo.*—¡Por nada del mundo querráis dar nuestra educación de liceo á las niñas! Vosotras, jóvenes á menudo espirituales, ardorosas, sedientas de saber, seríais copia de vuestros maestros.

410. *Sin rivales.*—Las mujeres notan fácilmente en un hombre si su alma está ya ocupada; quieren ser amadas sin rivales de ningún género y le reprochan el fin de su ambición, sus deberes políticos, su ciencia y su arte, y si tiene pasión por cosas seme-

jantes, salvo que de ellas saquen lustre y esplendor; entonces esperan, encadenándose en el amor de él, acrecentar al mismo tiempo su propio brillo: si esto es así, favorecen al amante.

411. *La inteligencia femenina.*—La inteligencia de las mujeres se presenta como dominio perfecto, presencia de espíritu, utilización de todas las ventajas. La transmiten como herencia á sus hijos, y el padre añade á ella el fondo más oscuro de la voluntad. Su influencia determina, por decirlo así, el ritmo y la armonía conforme á los cuales la vida nueva debe ejecutarse; pero la melodía proviene de la mujer. Lo decimos á las personas capaces de comprendernos: las mujeres tienen el entendimiento, los hombres la sensibilidad y la pasión. Y no puede contradecirse esta afirmación porque los hombres lleven su entendimiento mucho más lejos: tienen móviles más profundos, más poderosos, y son estos móviles los que llevan más lejos su entendimiento, que en sí tiene algo de pasivo. Las mujeres, por lo común, se admiran interiormente del gran respeto que los hombres imponen á su sensibilidad. Si en la elección del conjunto los hombres buscan, en primer término, un ser profundo, lleno de sensibilidad, las mujeres, por el contrario, un ser hábil, listo, brillante: se ve con claridad que el hombre busca el hombre ideal, la mujer la mujer ideal, y que, por lo tanto, no buscan el complemento, sino el perfeccionamiento de sus propias ventajas.

412. *Juicio de Hesiodo confirmado.*—Es un indicio de la habilidad de las mujeres, que en casi todas partes y casi siempre han sabido hacerse mantener como los zánganos en la colmena. Medítese un poco sobre lo que esto significa en el origen y por qué no

son los hombres los que se hacen mantener por las mujeres. Seguramente será porque la vanidad y la ambición masculinas son más grandes que la habilidad femenina, pues las mujeres han sabido, subordinándose á ello, procurarse la ventaja preponderante, hasta el dominio. Aun los cuidados que debe tenerse por los niños han podido originariamente ser utilizados por la habilidad de las mujeres, para sustraerse al trabajo tanto como fuese posible. Aun hoy ellas procuran, cuando están realmente ocupadas, por ejemplo, en cuidar de la familia, en mejorar la hacienda, hacer de modo tal que los hombres tengan habitualmente, por el merecimiento de estas ocupaciones, una estimación diez veces mayor.

413. *Los míopes son amorosos.*—A veces basta el empleo de lentes más fuertes para curar al que fácilmente se enamora, y el que tenga bastante potencia imaginativa para representarse un rostro, un talle con veinte años más, se alejaría quizá exento de toda inquietud para la vida.

414. *Las mujeres en el odio.*—En el estado del odio, las mujeres son más peligrosas que los hombres, tanto porque no detiene su hostilidad, una vez que se ha despertado, ningún escrúpulo de equidad, sino que dejan tranquilamente crecer su odio hasta las últimas consecuencias; cuanto porque se han ejercitado en encontrar los puntos vulnerables (que todo hombre presenta en todas partes) para dirigir allí sus golpes, para lo cual les sirve admirablemente su espíritu, aguzado á manera de puñal, mientras que los hombres, retrocediendo al aspecto de las heridas, se hacen á menudo magnánimos y misericordiosos.

415. *Amor.*—La idolatría que las mujeres tienen por el amor es en el fondo y originariamente una in-

vención de sus inclinaciones, en el sentido de que por todas esas idealizaciones del amor aumentan su poder y se muestran á los ojos de los hombres siempre más deseables. Pero el hábito secular de esta estimación exagerada del amor, ha hecho que hayan caído en sus propias redes y olvidado tal origen. Son ahora ellas más engañadas que los hombres y por lo mismo sufren con mayor intensidad cualquiera desilusión que tiene que producirse casi necesariamente en la vida de una mujer; por supuesto, suponiendo que tenga bastante espíritu é imaginación para sentir ilusiones ó desilusiones.

416. *A propósito de la emancipación de la mujer.*—¿Pueden las mujeres, por regla general, ser justas, estando tan acostumbradas á amar, á inclinarse súbitamente por un pro ó por un contra? Por eso rara vez se apasionan de las cosas sino mucho más frecuentemente por las personas; pero cuando lo están por alguna cosa, la hacen desde luego un negocio de partido y corrompen así la acción pura é inocente.

Nace de ahí un peligro que no es despreciable, si se les confía la política y ciertas partes de la ciencia, por ejemplo, la historia. Porque ¿habría algo más raro que una mujer que supiera realmente lo que es la ciencia? Hasta las mejores sienten hacia ella dentro de sí un desprecio secreto, como si por algún concepto le fueran superiores. Puede ser que esto llegue á cambiar; pero por ahora así sucede.

417. *La inspiración en el juicio de las mujeres.*—Las decisiones repentinas de las mujeres sobre el pro y sobre el contra, tan comunes en ellas, sus apreciaciones tan rápidas como relámpagos en lo que atañe á sus relaciones personales, en que sólo predominan la antipatía ó la simpatía, no obstante ser prueba de la

injusticia femenina, han sido orladas por los hombres con una aureola de amor, como si todas las mujeres tuviesen inspiraciones de sabiduría y fueran capaces de vaticinar, aunque no posean el trébol délfico ni la corona de laurel; y sus asertos, aun durante mucho tiempo después de hechos, son interpretados y justificados como oráculos sibilinos. Pero si se considera que en todas las personas y en todas las cosas se puede encontrar algo que les sea favorable y algo también que les sea adverso; que todo lo que vemos no tiene sólo una, sino dos, tres y hasta cuatro caras, es verdaderamente difícil engañarse por completo en tan repentinas decisiones; hasta podría decirse: la naturaleza de las cosas está dispuesta de tal manera, que las mujeres siempre tienen razón.

418. *Dejarse amar.*—Como de dos personas que se aman, la una es ordinariamente la persona amante, la otra la persona amada, ha nacido la creencia de que en todo comercio amoroso hay una cantidad constante de amor, y que cuanto más toma el uno de ella, menos queda á la otra. Por excepción sucede que la vanidad persuade á cada una de las dos personas que *ella* es la que debe ser amada; de manera que una y otra quieren dejarse amar: de ahí resultan, especialmente en el matrimonio, escenas medio divertidas, medio absurdas.

419. *Contradicciones en los cerebros femeninos.*—Como las mujeres se ocupan mucho más de las personas que de las cosas, se concilia dentro de la esfera de sus ideas tendencias que lógicamente son irreconciliables: tienen por hábito entusiasmarse por lo que les representa esas tendencias y asimilárselo por entero, á medida que se va presentando ante sus ojos; de manera que en sus cerebros se construye un nicho

para toda nueva personalidad que adquiere preponderancia. Quizá hay motivo para decir que toda la filosofía en el cerebro de una mujer vieja, consiste en poseer muchos nichos de este género.

420. *¿Quién sufre más?*—Después de toda disputa y querrela personal entre una mujer y un hombre, éste sufre sobre todo con la idea de haberla hecho mal, mientras que aquélla se lamenta, por el contrario, de no haberle hecho todo el mal posible, y se esfuerza en mortificarle con sus lágrimas y sollozos y gestos de disgusto.

421. *Ocasión para que se muestre la magnanimidad femenina.*—Si prescindiéramos una vez siquiera de las exigencias de la moral, podríamos examinar si no es verdad que la naturaleza y la razón piden al hombre varias uniones sucesivas; poco más ó menos en la forma siguiente: primero, á los veintidós años, con una mujer de mayor edad que él, que le fuera superior, intelectual y moralmente, y pudiera ser su guía en medio de los peligros de la juventud (ambición, odio, desprecio de sí mismo, pasiones de toda especie). El amor de esa mujer se trocaría bien pronto en afecto maternal, y no sólo soportaría, sino que exigiría en la forma más conducente que el marido, al llegar á los treinta años, contrajese nueva unión con otra mujer, lo más joven posible, de cuya educación se encargaría á su vez. El matrimonio es una institución necesaria de los veinte á los treinta años; útil, pero no necesaria, de los treinta á los cuarenta; más tarde se hace perniciosa y lleva consigo la decadencia intelectual del hombre.

422. *Tragedia de la niñez.*—No es raro, sino muy frecuente, que los hombres de tendencias nobles y levantadas tengan que librar las batallas más rudas

durante su niñez; ya porque hayan de sostener su modo de pensar contra sus padres, de estrechas miras y aficionados á la apariencia y la mentira, ó bien, como lord Byron, porque deban vivir en lucha eterna y continua con una madre colérica y pueril. Cuando se ha pasado por semejante prueba, nadie se atormentará en indagar, durante su vida, quién ha sido el enemigo más real y más peligroso que haya podido tener.

423. *Necedad de los padres.*—Los más groseros errores de apreciación de un hombre los cometen sus padres: esta es una gran verdad; pero ¿cómo explicárnosla? Los padres, que tienen la mayor experiencia respecto de sus hijos, ¿no son capaces de encauzar esa experiencia? Nótese que los que viajan en países extranjeros adquieren en los primeros días el conocimiento de sus caracteres generales; pero cuanto más llegan á conocerlos más descuidan el estudio de lo que tienen de típico y especial. Desde que pueden ver de cerca, sus ojos cesan de ver lejos. ¿Sería necesario decir que si los padres juzgan equivocadamente á un hijo es porque nunca se han alejado lo bastante de él? Otra explicación muy distinta, sería la siguiente: los hombres tienen la costumbre de no reflexionar respecto á aquello que les rodea, sino que se contentan con aceptarlo. Tal vez la falta de reflexión, hábito de los padres, sea la causa de que si alguna vez tienen que emitir un juicio sobre sus hijos, lo hagan erróneamente.

424. *El porvenir del matrimonio.*—Las mujeres nobles, de espíritu libre, que toman por tarea la educación y ennoblecimiento de su sexo, no deberían descuidar el siguiente punto de vista: el matrimonio, concebido en su más alta acepción, como la unión de las

almas de dos seres humanos de diferente sexo, y consumado, como se espera en lo porvenir, por la reproducción y educación de una generación nueva,—tal matrimonio que no usa del elemento sensual sino como de un medio raro, ocasional, para un fin superior, tiene verdadera necesidad—es necesario que lo comprendamos—de un auxiliar: el *concubinato*. Pues si para salud del hombre, la mujer casada debe servir también de satisfacción del deseo sexual, será un punto de vista falso contrario á los fines propuestos el que dirija la elección de esposa, el cuidado de la prole será accidental, y la educación feliz de ella, inverosímil. Una buena esposa, que debe ser amiga, coadjutora, reproductora, madre, jefe de la familia, ama de gobierno, y que deba al mismo tiempo, independientemente del hombre, ocuparse de sí misma, no puede ser á la vez una concubina: sería esto, hablando en sentido general, pedirle demasiado. Podría entonces suceder en lo porvenir lo contrario de lo que pasó en Atenas en el siglo de Pericles: los hombres que entonces no tenían en sus mujeres sino casi concubinas, hubieron de inclinarse hacia las Aspacias, porque aspiraban á la posesión de los atractivos de un comercio libertador del cerebro y del corazón, que sólo puede procurar al hombre el encanto y la flexibilidad intelectual de las mujeres. Todas las instituciones humanas, como el matrimonio, no soportan sino cierto grado moderado de idealización en la práctica; de otro modo, se hace inmediatamente necesario echar mano de tópicos groseros.

425. *Periodo militante de las mujeres.*—En las tres ó cuatro comarcas civilizadas de Europa, se podrá, por medio de una educación especial de algunos siglos, hacer de las mujeres todo lo que se quiera, has-

ta hombres, no en el sentido sexual, es cierto, pero sí en todos los demás sentidos. Por efecto de tal influencia, recibirán algún día todas las virtudes y fuerza del hombre; pero también sus debilidades y sus vicios. Todo eso puede obtenerse. Mas ¿cómo podremos soportar el estado de transición que sobrevendrá y que podrá durar más de un siglo, en el cual las necedades é injusticias femeninas y sus antiguas aficiones quedarán imponerse sobre todo lo adquirido y aprendido? Será aquel el tiempo en que la cólera constituya la pasión propiamente viril, la cólera de ver todas las ciencias y todas las artes inundadas y obstruidas por un diletantismo inaudito, de ver la filosofía moribunda bajo el peso de una charla capaz de hacer perder la cabeza, la política más fantástica y parcial que nunca, la sociedad en plena descomposición, porque las guardianas de la moral antigua aparecerán ridículas á sus propios ojos y se esforzarán por apartarse de todo lo moral. Si las mujeres tenían en la moral su mayor poder, ¿de qué medio podrán valerse para reconquistar semejante cantidad de poder, una vez que hayan abandonado la moral?

426. *Espíritu libre y matrimonio.*—Los espíritus libres ¿vivirán con mujeres? Creo que, en general, semejantes á los pájaros verídicos de la antigüedad, siendo como son los que piensan y dicen la verdad del presente, preferirán volar solos.

427. *Felicidad del matrimonio.*—Toda costumbre teje en nuestro alrededor una tela cada vez más resistente de hilos de araña, y pronto tenemos que apercibirnos que la telaraña se ha trocado en red y que en ella estamos envueltos y que debemos vivir de nuestra propia sangre, puesto que no podemos salir de su centro ni desenmarañarla. Tal es la causa por la cual

el espíritu libre odia todas las costumbres y las reglas, todo lo perdurable y definitivo, y tal es la causa también por que se empeña siempre de nuevo, con dolor, en romper la tela que le circunda: aunque tenga que inferirse por ello grandes y pequeñas heridas, porque arranca esos hilos, de su *mismo yo*, de su cuerpo, de su alma. Necesita aprender á amar lo que odiaba y odiar lo que amaba. No debe ni aun serle imposible sembrar cardos y espinas en los mismos terrenos en que ayer mismo vertía los cuernos de la abundancia de su bondad. Puede, pues, deducirse si está hecho para la felicidad del matrimonio.

428. *Demasiado de cerca.*—Viviendo demasiado cerca de un hombre, nos sucede lo mismo que si tomáramos muy á menudo un buen grabado con los dedos desnudos: cualquier día llegaremos á no tener entre las manos sino un pobre papel sucio y nada más. También el alma de un hombre se desgasta por el roce continuo; á lo menos acabará por *parecérnoslo*, y no tornaremos á ver su figura y su belleza originales. Se pierde siempre en el trato demasiado íntimo con las mujeres y los amigos, y á veces se pierde allí hasta la perla de la vida.

429. *La cuna de oro.*—El espíritu libre respirará siempre, cuando se haya por fin resuelto á sacudirse de los cuidados y vigilancia maternas de que le rodean las mujeres. ¿Qué mal puede ocasionarle un aire fuerte, de que con tanto afán se le resguardaba, que signifique una desventaja real, una pérdida, un accidente, una enfermedad, una deuda, una seducción más ó menos en su vida, si se compara con la falta de libertad de la cuna de oro, ó por mejor decir, de la jaula de oro, de esa vanidad de pavo real haciendo la rueda y del sentimiento bien pesado por cierto de te-

ner que agradecer todavía que se le cuide y se le mime como un niño de pecho? Fácil es que la leche de las mujeres que le vigilan con solicitud maternal y que le brindan á diario, llegue á convertirse en miel.

430. *Victima voluntaria.*—No existe mejor medio para que las mujeres de mérito hagan la vida fácil y cómoda á sus maridos, cuando son célebres y grandes, que convertirse por propia voluntad en una especie de receptáculo de la malquerencia general y del mal humor ocasional de los demás hombres. Los contemporáneos tienen la perversa costumbre de achacar á los grandes hombres errores y tonterías, y aun actos de torpe injusticia, siempre que encuentran alguna víctima voluntaria á quien puedan maltratar é inmolar para descargo de la propia conciencia. No es raro encontrar mujeres que tengan el deseo de entregarse á ese sacrificio como víctimas propiciatorias, y en ese caso, el hombre debe hallarse muy satisfecho, siempre que sea lo suficientemente egoísta para mirar impaciente la abnegación de ese pararrayos, paratruenos y paraguas voluntario.

431. *Amables adversarios.*—La inclinación natural de las mujeres á una existencia pacífica y á relaciones amistosas de armonía, de concordia feliz, lo que sus influencias arrojan de aceite y de calma sobre el mar agitado de la vida, contrasta notablemente y trata de anular los ímpetus heroicos del espíritu libre. Sin apercibirse de ello siquiera, las mujeres laboran á la manera de quien quitara las piedras del camino que sigue un mineralogista que excursiona, para que no tropezase, siendo así que su excursión no ha tenido otro objeto que tropezar con ellas.

432. *Discordia de dos acuerdos.*—Las mujeres tratan siempre de ser serviciales, y en ello ponen su ma-

yor afán y cifran su ventaja; el espíritu libre no quiere ser servido, y en ello cifra también su ventura.

433. *Jantipa.*—Sócrates encontró una mujer tal como la necesitaba; pero no la habría tampoco buscado si la hubiese conocido lo suficiente; no hubiera llegado tan lejos el heroísmo de ese espíritu libre. Lo cierto es que Jantipa le hizo avanzar en su misión, al tornarle inhabitables é inhospitalarios la casa y el hogar: ella le enseñó á vivir en las calles, y sobre todo, allí donde se podía charlar y holgazanear; con ello le hizo el primer dialéctico de Atenas, que tuvo que llegar á compararse á sí mismo con un tábano que cierto día había colocado sobre la cruz del hermoso caballo Atenas, para no dejarle reposar jamás.

434. *Ceguera para lo lejano.*—Del mismo modo que las madres no tienen, hablando con propiedad, sentidos ni ojos sino para los dolores visibles y sensibles de sus hijos, así también las mujeres de hombres de aspiraciones y propósitos levantados no pueden soportar que sus esposos tengan que padecer sufrimientos, pobreza y menosprecio; no obstante que tal vez estas amarguras no solamente indiquen que han sabido elegir la dirección de su vida, sino que tengan en ellas garantía sólida de que sus grandes propósitos llegarán á tener realización cumplida. Las mujeres intrigan siempre secretamente contra la elevación del alma de sus maridos; tratan de malograrles su porvenir, en pro de un presente exento de penas, fácil y cómodo.

435. *Poder y libertad.*—Por elevado que sea el concepto que las mujeres tengan por sus maridos y el respeto que les guarden, respetan, sin embargo, con mayor intensidad todavía las fuerzas y las concepciones reconocidas por la sociedad: están habituadas desde

hace siglos á marchar inclinadas ante cualquier dominio, con las manos cruzadas sobre el pecho, y desaprueban toda insubordinación contra el poder público. Por eso van siempre á colocarse sin haber tenido siquiera la intención de hacerlo, casi instintivamente, como una pieza de más entre las ruedas de un movimiento independiente de libre pensamiento, é impacientan en ocasiones á sus maridos, sobre todo cuando éstos piensan todavía que es el amor el que, en el fondo, impulsa á sus mujeres á ese proceder. Desaprobar los medios de que se valen las mujeres y rendir magnánimo homenaje á los móviles de los mismos medios, tal es la manera de ver de los hombres y frecuentemente su desesperación.

436. *Ceterum censeo*.—Hay por qué reír al ver una sociedad de desarrapados decretar la supresión de la herencia, como también causa risa ver á gentes sin hijos esforzarse en dictar las leyes de un país; no tienen ciertamente ni los unos ni los otros en su embarcación, bastante lastre para darse á la vela con seguridad en el océano del porvenir. Pero parece igualmente absurdo que el que ha tomado como tarea el conocimiento más general y la estimación del conjunto de los seres, vaya á encargarse de detalles personales de familia, de manutención, de protección, de tutela de la mujer y del niño, y á desplegar ante su telescopio ese velo opaco que deja apenas penetrar algunos rayos del mundo lejano de los astros. Viendo esto, he llegado al principio de que, en lo que concierne á las altas especulaciones filosóficas, todas las personas casadas son sospechosas.

437. *Para concluir*.—Hay bastantes clases de cicutas, y de ordinario la suerte encuentra ocasión propicia para llevar á los labios del espíritu libre una

copa de esta bebida envenenada para castigarle, como entonces dice el mundo. ¿Qué harán entonces las mujeres en torno de él? Se pondrán á gritar, á gemir y quizá hasta á turbar el reposo vespertino del pensador; lo mismo que hicieron en la prisión de Atenas. ¡«Oh Criton! Manda á alguien que eche fuera estas mujeres», llegó á decir Sócrates.